EL CLAMOR DEL REY DESAMPARADO

Salmo 22:1–21 (Parte 1)

LECTURA DEL TEXTO

ORACIÓN

INTRODUCCIÓN

Hoy, vamos a empezar a considerar con el favor y la gracia de Dios en el **Salmo 22**. Un poema escrito por el rey David **mil años antes de que Cristo naciera**. Cuando David escribió estas palabras, la crucifixión ni siquiera había sido inventada; era un método de tortura extremo que los romanos perfeccionarían cientos de años después.

Es evidente que David no estaba describiendo ninguna experiencia personal. **Sabemos que David pasó por momentos muy duros de persecución y de profundo dolor, pero absolutamente nada de lo que él vivió encaja con la agonía de este salmo.** David nunca fue ejecutado, nunca fue colgado de un madero, y sin embargo, escuchen los detalles que él escribe:

Salmo 22:14 (NBLA)...Y todos mis huesos están descoyuntados;

Salmo 22:15 (NBLA)...Me has puesto en el polvo de la muerte.

Salmo 22:16 (NBLA)...Me horadaron las manos y los pies.

La única explicación bíblica para esto nos la da el apóstol Pedro en su primer sermón:

Hechos 2:29 (NBLA) »Hermanos, del patriarca David les puedo decir con franqueza que murió y fue sepultado, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que Dios le había jurado sentar a uno de sus descendientes en su trono, **31** miró

hacia el futuro y habló de la resurrección de Cristo, que no fue abandonado en el Hades, ni Su carne sufrió corrupción.

Como David era profeta, el Espíritu Santo lo llevó mil años hacia el futuro para contemplar el evento más grande, terrible y glorioso de toda la historia: **la muerte y resurrección del Hijo de Dios**. Es por la precisión de estas palabras que los estudiosos han llamado a este salmo **"el quinto evangelio"** o **"el evangelio de David"**

Sin embargo, hay algo que hace que el Salmo 22 sea completamente único. Los evangelistas como Mateo, Marcos, Lucas y Juan nos narran lo que ocurrió afuera de la cruz. Ellos nos dicen que hubo clavos, que hubo burlas, que el cielo se oscureció al mediodía. **Pero el Salmo 22 hace algo asombroso, es como si este salmo nos permitiera escuchar los pensamientos más íntimos del Señor Jesús, Su agonía y el clamor de Su corazón mientras estaba colgado en ese madero.**

Yo quiero pedirte que, mientras estudiamos esta primera parte del salmo, no mires este pasaje simplemente como un libro que nos informará históricamente. **Quiero que recuerdes que Cristo estaba sufriendo todo ese horror por una sola razón: por tu pecado, si eres creyente, y por el mío**.

Nosotros solemos tomar nuestro pecado con mucha ligereza, como si nuestra desobediencia no fuera gran cosa. Pero hermano, **tu pecado y mi pecado no es un simple error; es una deshonra directa a la cruz y tener en poco el dolor que Cristo sufrió allí**. Dios no toma el pecado a la ligera. Él es tan santo y tan justo, que tuvo que derramar toda Su santa ira sobre Su propio Hijo amado para poder perdonarte a ti.

Por eso he titulado esta prédica **EL CLAMOR DEL REY DESAMPARADO.** Y con todo esto que hemos dicho en mente vayamos al:

1.- LA AGONÍA ESPIRITUAL: EL DESAMPARO DEL PADRE

Salmo 22:1 (NBLA) Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? *¿Por qué estás tan* lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor?

Quiero que notes la manera en que **nuestro Señor** se dirige al Padre justo antes de hacer esa pregunta: **«¿por qué me has abandonado?»**. Dos veces lo llama: **«Dios mío»**. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? En medio de la peor agonía en la cruz, y sintiendo el peso de ese abandono, Él sabe muy bien a quién acudir. Él todavía le pertenece a ese Dios a quien clama. **Aquí vemos dos realidades conviviendo en el mismo instante: un dolor insoportable y una fe firme.** Él sabe que es Suyo; y precisamente por esa relación tan íntima, brota ese *«¿por qué?»*. Le duele profundamente que el Padre parezca estar lejos en el momento que más necesita ser librado.

Salmo 22:2 (NBLA) Dios mío, de día clamo y no respondes; Y de noche, pero no hay para mí reposo.

Y en el versículo 2, el texto nos habla de un sufrimiento en el que no hay descanso. Él dice: *«de día clamo y no respondes; y de noche, pero no hay para mí reposo»*. Para nuestro Salvador, esta fue **una agonía continua**. Su angustia comenzó en la oscuridad de la noche en Getsemaní, continuó de día mientras era clavado, y culminó en esas tres horas de densas tinieblas al mediodía donde **el Padre guardó absoluto silencio**. **Su alma no encontró ningún descanso.**

Muchos de nosotros conocemos, en una medida mucho menor, esa experiencia de un dolor. Durante el día hay cosas que atender, hay personas a nuestro alrededor, hay ruido que nos distrae. Pero luego se

apaga la luz, te quedas a solas en tu habitación, y **allí sigue intacta la misma carga que le presentaste al Señor por la mañana**. La aflicción te cuesta una noche en vela y sientes que **no hay respuesta, que no hay reposo.**

Salmo 22:3 (NBLA) Sin embargo, Tú eres santo, Que habitas entre las alabanzas de Israel. **4** En Ti confiaron nuestros padres; Confiaron, y Tú los libraste. **5** A Ti clamaron, y fueron librados; En Ti confiaron, y no fueron decepcionados.

En medio de ese dolor, cuando el cielo está oscuro y no hay respuesta, ¿qué dice nuestro Señor? **«Sin embargo, Tú eres santo»**. Esto es asombroso.

Cuando nosotros atravesamos el sufrimiento, nuestra tendencia natural es quejarnos. Cuestionamos la bondad del Señor y le decimos: *«¿Por qué permites esto? ¡No es justo!»*. Pero Cristo, sufriendo el mayor tormento de la historia **sin haber cometido un solo pecado**, **hace exactamente lo opuesto: Él justifica a Dios.** Al decir «Tú eres santo», el Hijo está reconociendo que el Padre es puro, perfecto, y que Sus ojos son demasiado limpios para tolerar el mal. Y como en ese momento Cristo estaba cargando con toda tu inmundicia y la mía. Es como si dijera: *«Tú me has abandonado, pero haces bien en hacerlo, porque Tú eres perfectamente santo y yo estoy llevando el pecado»*. **¡Qué Salvador tenemos, que exalta la justicia de Dios aun mientras es aplastado por ella!**

Pero vean el contraste que Cristo está haciendo: **«Señor, la historia demuestra que cuando los tuyos (Israel) claman, Tú los libras. Yo estoy clamando, y a mí no me libras»**. Los padres clamaron y cantaron su rescate; **Cristo clama y solo recibe el silencio de la cruz.**

Es triste ver a otros ser rescatados mientras tú sigues sufriendo. Hermano, qué fácil es celebrar una oración contestada, hasta que el

que está a tu lado recibe lo que tú llevas años pidiendo. ¿Puedes darle gracias a Dios por ese hermano, y al llegar a tu casa llorar con franqueza por lo que a ti te duele? **Cristo entiende perfectamente esa espera**, y la Biblia hace lugar para ambas cosas.

Todo esto fue profetizado para cumplirse en la cruz. Los evangelios nos dicen que hubo densas tinieblas durante tres horas, y fue allí donde **el Hijo de Dios gritó estas mismas palabras al ser abandonado por el Padre**.

Nosotros sabemos que en Getsemaní, Cristo aceptó la copa de la ira. **Pero una cosa es conocer el propósito de esa copa, y otra muy distinta es tener que beberla.** El Salmo nos deja escuchar el costo de esa obediencia:

1 Pedro 2:24 (NBLA) y Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia, porque por Sus heridas fueron ustedes sanados.

Esa es la razón del desamparo. Aquel que jamás pecó ocupó el lugar de los culpables. **La ira y el juicio que nosotros merecíamos cayeron sobre nuestro Sustituto.**

Hermano, ¿cómo interpretas los silencios de Dios cuando llevas años orando por un hijo y parece que la situación solo empeora? ¿Vale la pena seguir pidiendo? Mira cómo razona el apóstol Pablo:

Romanos 5:8 (NBLA) Pero Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

El Padre entregó a Su Hijo por gente que todavía lo ofendía. Por eso, **cuando la larga espera te haga dudar del amor de Dios, mira a la cruz.** Allí el Señor te dio una respuesta definitiva sobre cuánto te ama, aunque todavía llores esperando una contestación. Tu derecho a

acercarte al Padre descansa en la obra de Cristo, incluso en los días donde todo te desanima. **Sigue pidiendo.**

Hasta aquí, el Salmo recordaba a los padres de Israel que confiaron y fueron librados. Pero a partir del versículo 6, la escena cambia. Ahora aparecen hombres malvados burlándose precisamente de esa confianza.

2.- LA AGONÍA EMOCIONAL: EL DESPRECIO DE LOS HOMBRES

Salmo 22:6 (NBLA) Pero yo soy gusano, y no hombre; Oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo.

El Rey de gloria llega al punto de decir: **«soy gusano, y no hombre»**. Lo han despojado de toda dignidad humana, lo han tratado como a una criatura a la que cualquiera puede pisar y aplastar sin sentir el más mínimo remordimiento. **Fue rechazado exactamente por la misma nación a la que Él vino a salvar.**

Y hay algo aún más profundo en esta imagen. Para la mente hebrea, la palabra usada aquí para "gusano" no es cualquier lombriz; es la palabra *tolá*. Este era un gusano carmesí que, cuando iba a dar a luz, se adhería al tronco de un árbol de forma tan firme que jamás podía ser despegado. Sus crías se alimentaban de ella hasta que moría, y al morir, dejaba la madera teñida de un rojo escarlata profundo.

Con esto se compara nuestro Salvador. Él fue tratado peor que a un hombre, adherido a un madero y aplastado bajo la ira de Dios, derramando Su sangre roja para darte vida a ti.

Pero la multitud que está al pie de la cruz no entiende esto:

Salmo 22:7 (NBLA) Todos los que me ven, de mí se burlan; Hacen muecas con los labios, menean la cabeza, *diciendo*: **8** «Que se

encomiende al SEÑOR; que Él lo libre, Que Él lo rescate, puesto que en Él se deleita».

A veces una mirada de desprecio basta para destrozar al que está sufriendo. Pero aquí, además de hacer gestos y menear la cabeza, abren la boca para herirlo. Escuchen el razonamiento de estos hombres. Ellos dicen: «Este hombre se ha encomendado al Señor. Dice que Dios se deleita en Él. Pues bien, ¡que venga Dios a rescatarlo!».

Hermanos, **hay algo particularmente cruel y demoníaco en esta burla.** Han tomado la cosa más preciosa que Cristo tiene, Su relación con el Padre, y pretenden convertirla en evidencia en Su contra. **Estos hombres piensan: si Dios de veras lo amara, ya habría intervenido.** Y como sigue allí colgado y sufriendo, ellos creen tener derecho a concluir que todo lo que Él ha dicho es mentira.

Vayan conmigo al Nuevo Testamento para ver el cumplimiento exacto de esta humillación:

Mateo 27:39 (NBLA) Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza **40** y diciendo: «Tú que destruyes el templo y en tres días lo reedificas, sálvate a Ti mismo. Si Tú eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz». **41** De igual manera, también los principales sacerdotes, junto con los escribas y los ancianos, burlándose *de Él*, decían: **42** «A otros salvó; a Sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es; que baje ahora de la cruz, y creeremos en Él. **43** En Dios confía; que *Dios* lo libre ahora si Él lo quiere; porque ha dicho: "Soy el Hijo de Dios"».

Los maestros de la ley miran al Hijo de Dios y hablan exactamente como los enemigos del salmo. Le piden que baje de la cruz y prometen creer si lo ven descender. Pero, ¿qué estaba haciendo Jesús mientras ellos ponían condiciones para creer? **Estaba cumpliendo la obra por la cual pecadores como ellos podrían recibir perdón.** El

amor del Padre por Su Hijo seguía siendo perfecto mientras el Hijo permanecía en aquella cruz. ¡Qué terrible error el de estos hombres al creer que podían juzgar el amor de Dios por lo que sus ojos alcanzaban a ver aquella tarde!

Y ahora, iglesia, a la luz de esta escena, examinemos nuestra propia manera de mirar al afligido. Supongamos que un matrimonio de la iglesia pierde a un hijo. Pasa el tiempo, y todavía hay domingos en que les cuesta cantar. ¿Qué pensarías si oyeras a un hermano preguntar en voz baja: *"¿Qué habrán hecho para que Dios permita tanto dolor en esa casa?"*? Hermano, basta una insinuación, una mirada de sospecha, para aumentar el peso que ya llevan.

Cuando Dios nos permite conocer una aflicción, nos da ocasión de llorar con el que llora. Siéntate con esos padres. Aprende el nombre del niño que extrañan. Vuelve a visitarlos cuando los demás hayan retomado sus rutinas. **El creyente que ha meditado profundamente en el desprecio que padeció su Señor, tendrá muchísimo cuidado con las palabras que dirige a alguien que sufre.**

Ahora, observen a quién responde el Rey desamparado. Él vuelve a mirar hacia el cielo y dice:

Salmo 22:9 (NBLA) Porque Tú me sacaste del seno *materno*; Me hiciste confiar estando a los pechos de mi madre. **10** A Ti fui entregado desde mi nacimiento; Desde el vientre de mi madre, Tú eres mi Dios.

En los primeros versículos, Él recordó lo que Dios había hecho por los padres de Israel. Pero ahora, Él hace algo mucho más íntimo: **se remonta a Su propia encarnación.** Recuerden que a diferencia de nosotros, que nacemos separados de Dios por el pecado, Él es el único hombre que nació siendo perfectamente santo. Desde el mismo

instante en que María lo sostuvo en brazos, **hubo una comunión perfecta y una dependencia absoluta entre el Hijo y el Padre.**

Los enemigos en el versículo anterior se burlaban de Su fe. Y aquí el Señor Jesús les responde: **«Mi confianza desde el vientre de mi madre, mi vida entera ha dependido totalmente de Ti»**.

Hermano, quizás hoy, por la aflicción que atraviesas, lo único que alcanzas a contar son las cosas que has perdido. Los problemas quieren convencerte de que Dios siempre ha estado lejos. Pídele a algún hermano que te conoce desde hace años que venga a verte. A lo mejor el o ella te ayuda a recordar una ocasión en que el Señor te sostuvo y que hoy, en medio de la pena, te cuesta traer a la memoria. Así debemos ayudarnos en la familia de la fe.

Escuchen la razón que da en el versículo 11:

Salmo 22:11 (NBLA) No estés lejos de mí, porque la angustia está cerca, Pues no hay quien ayude.

La angustia está cerca. Tan cerca que puede oír las voces y ver los rostros de quienes lo desprecian. A Su alrededor hay mucha gente, líderes, soldados, multitudes, y ni uno solo está dispuesto a ponerse a Su lado. **Por eso pide lo que más necesita: la cercanía de Su Dios.**

¿Has orado así alguna vez? Quizás comenzaste pidiendo que el Señor cambiara una circunstancia, y mientras orabas, descubriste una necesidad más profunda en tu alma. Quizás clamaste: *"Señor, concédeme recordar que te pertenezco. Dame gracia para obedecerte aunque me tiemble la voz. Sostenme Tú, como me has sostenido hasta aquí"*.

¿Y qué bien nos consiguió Cristo al padecer este rechazo y abandono?:

1 Pedro 3:18 (NBLA) Porque también Cristo murió por los pecados una sola vez, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios...

Aquí, en el Salmo 22, el Rey pide que Dios se acerque porque no hay quien lo ayude. Piensa ahora en el privilegio eterno que Su muerte te ha comprado a ti: **Tú puedes acercarte al Padre y ser recibido como un hijo.** Nuestro Señor definió la vida eterna diciendo en **Juan 17:3** que la vida eterna es conocer al Padre y al Hijo.

3.- LA AGONÍA FÍSICA: LA CRUCIFIXIÓN Y LA HOSTILIDAD

Ya sabemos lo que los enemigos **dicen**, pero a partir del versículo 12, David nos va a dejar ver lo que **son capaces de hacer**:

Salmo 22:12 (NBLA) Muchos toros me han rodeado; Toros fuertes de Basán me han cercado. **13** Ávidos abren su boca contra mí, Como un león que despedaza y ruge.

Por donde mire, hay fuerza bruta contra Él. Pero fíjense que David no habla de cualquier animal; él menciona específicamente a los **«toros fuertes de Basán»**. En los tiempos bíblicos, Basán era una región famosa por sus tierras fértiles, y los toros que se criaban allí eran bestias inmensas, salvajes y sumamente peligrosas.

Esta imagen nos dice muchísimo. No representan a un enemigo débil o común. Los toros de Basán representan a **hombres poderosos, arrogantes y llenos de fuerza** . Piensen en los orgullosos sumos sacerdotes y en los implacables soldados romanos rodeando la cruz. Eran hombres influyentes y soberbios que acorralaron a nuestro Señor. ¿Qué posibilidad tiene un hombre solo, sangrando en un madero, cuando está rodeado de bestias enfurecidas que solo buscan despedazarlo?

Salmo 22:14 (NBLA) Soy derramado como agua, Y todos mis huesos están descoyuntados; Mi corazón es como cera; Se derrite en medio

de mis entrañas. **15** Como un tiesto se ha secado mi vigor, Y la lengua se me pega al paladar...

Los enemigos que lo rodean tienen fuerzas de sobra, pero Él siente que Su vida se derrama como el agua. Los huesos que deberían sostenerlo parecen perder su unión en medio de los calambres y la asfixia. Su corazón colapsa, se derrite como cera, y la deshidratación es tan extrema que la lengua se le pega al paladar.

¿Te das cuenta de cuánto espacio dedica la Escritura al cuerpo del que sufre? Cuando confesamos que el Hijo de Dios se hizo hombre, esto también forma parte de lo que confesamos. **Él tuvo un cuerpo de carne y hueso que podía ser azotado, y unas manos reales que podían ser atravesadas.** El apóstol Juan lo confirmó al pie de la cruz:

Juan 19:28 (NBLA) Después de esto, sabiendo Jesús que todo se había ya consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed».

¡Miren esta paradoja! Aquel que había dado de beber a todo Su pueblo de la roca en el desierto, conoció en Su propia boca el tormento desesperante de la sed.

Pero fíjense cómo termina el versículo 15. A pesar de todo este maltrato humano, David se dirige de nuevo a Dios y declara:

Salmo 22:15b (NBLA) ...Y me has puesto en el polvo de la muerte.

Los enemigos lo han cercado, los soldados lo han clavado y, sin embargo, es a Dios a quien Cristo acusa de haberlo puesto en el polvo de la muerte. ¿Cómo pueden sostenerse juntas esas dos verdades? El apóstol Pedro las sostuvo juntas al predicar en Jerusalén:

Hechos 2:23 (NBLA) a este *Jesús*, entregado por el plan predeterminado y el previo conocimiento de Dios, ustedes lo clavaron en una cruz por manos de impíos y lo mataron.

Hechos 4:27 (NBLA) »Porque en verdad, en esta ciudad se unieron tanto Herodes como Poncio Pilato, junto con los gentiles y los pueblos de Israel, contra Tu santo Siervo Jesús, a quien Tú ungiste, **28** para hacer cuanto Tu mano y Tu propósito habían predestinado que sucediera.

El designio de Dios jamás obligó a aquellos hombres a amar la maldad. Ellos hicieron exactamente lo que querían hacer, y responderán ante Dios por ello. Pero, por encima de las intenciones perversas de esos hombres, **Dios estaba llevando a cumplimiento el propósito eterno por el cual había enviado a Su Hijo.** Hermanos, si todo hubiera dependido de las intenciones de los hombres que lo rodeaban, en el monte del Calvario solo habría quedado en el olvido. Pero el Padre había determinado que de aquella entrega, vendría nuestra salvación.

Salmo 22:16 (NBLA) Porque perros me han rodeado; Me ha cercado cuadrilla de malhechores; Me horadaron las manos y los pies. **17** Puedo contar todos mis huesos. Ellos me miran, me observan; **18** Reparten mis vestidos entre sí, Y sobre mi ropa echan suertes.

Vean las manos y los pies del Señor. Vean cómo Su cuerpo desnudo permite que se puedan contar Sus huesos, mientras los que lo rodean se quedan mirándolo como si fuera un espectáculo. Y luego ocurre asombroso: **se reparten Su ropa mientras Él todavía puede ver lo que hacen.**

En **Juan 19:23-24** que los soldados tomaron los vestidos de Jesús e hicieron cuatro partes. Quedaba la túnica, tejida de una sola pieza. Para conservarla entera decidieron echar suertes. Juan, que nos cuenta ese detalle tan ordinario entre soldados, reconoce que el salmo 22 se está cumpliendo.

Abajo, unos hombres crueles calculan cómo sacar provecho de la ropa. Arriba, Aquel a quien le han quitado hasta la ropa, da Su vida

por pecadores. **¿Qué encontró Cristo en nosotros para amarnos de esa manera?** Absolutamente nada. Ninguno de nosotros puede mirar esta escena y sugerir que el Salvador quedó en deuda con él.

Al leer esto, quizás alguno de nosotros piense: *"Si yo hubiera estado allí, jamás habría sido tan cruel. Yo habría hecho algo por Jesús"*. Pero, hermano, la realidad es que **hoy sí tienes delante de ti a personas que están sufriendo, y muchas veces pasas de largo sin que te tiemble el pulso.**

Los soldados ignoraron el dolor físico de Cristo por completo. Y nosotros, ¿cuántas veces ignoramos el dolor del cuerpo de Cristo, que es Su iglesia? Una hermana te cuenta que ya no tiene fuerzas para levantar a su esposo enfermo, y tu primer pensamiento interno es que ir a visitarlos el sábado te arruinaría tus planes de descanso. Yo mismo tengo que preguntarme delante de Dios cuántas veces he escuchado una necesidad urgente y he seguido de largo con mis asuntos.

El Señor que sufrió rodeado de tanta indiferencia, nos llama a no ser indiferentes con el dolor del hermano que tenemos enfrente. Tal vez tu muestra de amor cristiano esta misma semana deba ser tan práctica como **ofrecerte a cuidar una tarde a ese hermano enfermo, simplemente para que su esposa pueda dormir un par de horas.**

Podríamos esperar que después de la descripción de Su ropa repartida solo quedara el silencio de la tumba:

Salmo 22:19 (NBLA) Pero Tú, oh SEÑOR, no estés lejos; Fuerza mía, apresúrate a socorrerme. **20** Libra mi alma de la espada, Mi única *vida* de las garras del perro. **21** Sálvame de la boca del león Y de los cuernos de los búfalos; respóndeme.

¡Qué confesión para hacer desde allí! Todavía está rodeado, todavía se siente débil, **pero dirige Su petición al Único que tiene poder para socorrerlo.**

Observen cómo nuestro Señor transforma Sus miedos en oración. Lo que antes describió como fieras que lo rodeaban, ahora se lo presenta a Dios pidiendo auxilio. **Hermano, tú puedes hacer lo mismo hoy.** Eso que le temes, a lo que te cuesta perdonar, y preséntalo ante Aquel a quien perteneces. Pero no olvidemos el propósito final por el cual Cristo soportó todo este horror:

1 Pedro 2:24 (NBLA) y Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia, porque por Sus heridas fueron ustedes sanados.

Mi amigo, no puedes mirar esta cruz como un simple espectador. **¿Qué vas a hacer tú con el Rey que murió allí?** Puedes indignarte por la injusticia de aquellos soldados, y sin embargo seguir justificando tu propio pecado. Quizás llevas años en esta iglesia, conoces la doctrina, y todos te tienen por un buen cristiano. Pero Dios conoce tu rencor oculto, tus mentiras, y ese pecado que te niegas a soltar. **¿Pretendes que tus supuestas buenas obras convenzan al Juez, cuando el propio Hijo de Dios tuvo que ser aplastado en una cruz para salvar a pecadores?**

Arrepiéntete hoy y pon tu fe en Jesucristo. Abandona el derecho de seguir pecando y descansa tu esperanza en Él. Si has mentido, di la verdad; si has defraudado, restituye. **Ven a Cristo.** No importa la vergüenza, el precio de tu perdón lo pagó Él por entero.

Y a ti, hermano, que hoy sigues esperando una respuesta y te ha costado adorar: **recuerda quién te abrió la puerta al Padre.** El Hijo que clamó desamparado en el madero es el mismo que hoy intercede por ti. Puedes llevarle tu petición una vez más.

La última palabra de nuestra lectura es un clamor desgarrador: ***«respóndeme»***. ¿Acaso el Padre lo escuchó? Los burladores exigían que bajara de la cruz para creerle, pero **el Padre mostró públicamente quién era Su Hijo al levantarlo de entre los muertos.**

Como dice el apóstol Pedro en **Hechos 2:24 (NBLA)**, la muerte no pudo retenerlo y Dios ***«lo resucitó»***. Por eso, cuando el próximo domingo volvamos a este salmo, la oscuridad de la cruz habrá pasado, y escucharemos la voz de un Cristo victorioso alabando el nombre de Dios en medio de Su pueblo.